





Residencia de Fco  
I. Madero en México.

dazos de alma de un gran fuerte que fué también un gran sensible, estos luminosos testigos me han hecho llorar; para descifrar sus desvanecidos caracteres, he debido rodearme de mil precauciones, tocándolos cuidadosamente como a una mariposa, como a un nido....

Aquí estan, mexicanos, extranjeros, hombres todos de este planeta. Si vuestra mirada no es recta, si vuestro aliento es impuro, retiraos. Dejad para lo vuestro la mirada torva, la sonrisa que es blasfemia. Dejad para vosos el eterno y miserable comentario. Apartad vuestro aliento de lo que respetó el arrasante fuego que absurdos odios encendieran. Dejad que esa grande alma exhale, para los que celosos guardamos el privilegio divino de su inmortal recuerdo, todo el perfume de su vida santa:

1ER. FRAGMENTO.—“Muy querido papasito: Antes de salir para Cuatro Ciénegas te escribi una carta larga en la cual te exponia las importantes razones que me obligaban a publicar mi libro a más tardar el 25 del actual.—Yo esperaba que mi carta te había hecho meditar sobre el verdadero objeto de la vida y que, comprendiendo que a este mundo venimos a cumplir una misión relacionada con nuestra vida eterna, debíamos de dar más importancia a esa misión que a las pequeñas peripecias de la lucha, peripecias que llegan a embargar todos nuestros sentidos si no nos elevamos en alas de nuestras nobles tendencias, a las serenas alturas del espíritu, desde donde podremos apreciar en su justo valor todas las pequeñeces de este mundo, y comprender claramente que nuestro paso sobre él es transitorio y el objeto que nos trae a él, bien determinado.—Creo que estas consideraciones te darán el valor suficiente para arrostrar los peligros que puedan sobrevenirte porque yo, en cumplimiento de aquellos altos deberes, me lancé a la lucha que tiene por objeto conquistar para mi Patria la libertad, única que permitirá que nos salvemos de la decadencia moral que todo lo invade y que podamos legar a nuestros hijos, una Patria próspera, feliz, grande;



un medio en donde puedan desenvolverse libremente, en donde puedan evolucionar con facilidad a fin de que puedan cumplir con sus grandes destinos.—Esos peligros que tú corres, son hipotéticos, pues si bien es cierto que la lucha va a estar ruda, los elementos que nos secundan serán poderosos y si una puerta se cierra, se abrirán cien.—Además ya están las cosas demasiado avanzadas, mi libro ya impreso, todo el mundo lo sabe y cree que está mucho más duro de lo que realmente está; es muy difícil que no lo sepa ya don Porfirio y entonces sí podrá tirarte a mansalva y sin que tú te des cuenta de ello; además de que yo corro un peligro inminente mientras no dé a luz mi libro, pues bien pueden temer que sea algún libro incendiario para que yo mismo no me atreva a publicarlo.

20. FRAGMENTO.—Pues bien, México está amenazado de un peligro inmenso, pues si dejamos las cosas como van, el poder absoluto se perpetuará en nuestro país, la corrupción será aún mayor y en vez de que nuestra Patria pueda cumplir con los designios de la Providencia sirviendo de madre a generaciones de hombres virtuosos, tendrá que sucumbir víctima de la debilidad y de la corrupción de sus hijos.

3ER. FRAGMENTO.—El libro está ya escrito, todos están alerta; la lucha se inicia por todas partes, pues en Saltillo, en Oaxaca, en Morelia y en esa Capital se han iniciado movimientos de importancia.

40. FRAGMENTO.—Y yo, que debo de representar un papel de importancia en esa lucha, pues he sido el elegido por la Providencia para cumplir la noble misión de escribir ese libro; yo que en el entusiasmo y en la fe que siento reconozco la ayuda de ella y que en este Estado soy reconocido como jefe por todos los que quieren luchar, sentirme detenido en medio de mi carrera, sentir que una fuerza poderosa detiene mi brazo y me inutiliza para el combate ¿podrás imaginarte cuál es mi angustia?—¿Y cuál es esa fuerza que me detiene? ¿cuál esa voluntad que quiere opo-

nerse a que yo cumpla con la misión que me ha impuesto la Providencia?—La única que podría hacerlo; pues si bien es cierto que no me arredra ni la pobreza, ni la prisión, ni la muerte, sí me arredra desobedecer a mi padre, pues me imagino que al lanzarme a una lucha tan azarosa sin llevar la bendición del que la Providencia me dió como padre, tendré que fracasar, porque me faltará la fuerza moral necesaria para sostenerme.

50. FRAGMENTO.—Papasito querido: hazme favor de dirigirte con todo fervor a Dios que está en el cielo y de tu mamá Rafaelita evoca su ayuda, a fin de que seas iluminado, a fin de que comprendas el mal tan grande que harás no dejándome en libertad para cumplir con la misión que la Providencia me ha impuesto, y a fin de que tengas valor y energía para cumplir tú también con tu misión, que en el caso actual, consiste en no entorpecer mi acción, en no desviarme del recto camino que llevo en cumplimiento de mi deber, en no hacer que fracase en mi empresa, pues si emprendo la lucha debilitado por tí, fracasaré y pagaré hasta con mi vida mi fracaso, pues ya lo sabes, a los que emprendemos estas luchas por la libertad, invariablemente nos espera una corona, pero el éxito hará que sea de laurel, la derrota que sea de espinas.—Considera con toda calma tu determinación: yo, de todos modos me lanzo a la lucha, pues compromisos anteriores lo hacen inevitable. Mañana voy a Torreón a una junta política, vamos a mandar una circular a todo el Estado para que principie la campaña, yo tendré que organizar en esta un Club a más tardar la semana entrante y empezar con un periódico, así es que es inevitable que me lance a la lucha; por complacerte he retardado la publicación de mi libro, a pesar de que ya CONTABA CON TU APROBACIÓN PARA PUBLICARLO, pues el día que te fuiste para esa Capital, cuando íbamos en coche para la estación y ya en ella antes de salir el tren, me dijiste que estaba bien que lo publicara.—Por lo demás, será imposible dejar de publicarlo en lo absoluto y publicándolo tarde, perderemos todas las ventajas que nos puedan resultar y aumentarnos las desventajas y sobre todo, habrás



perdido un tiempo precioso arrullado por ilusiones que en esa Capital se encargarán de hacerte concebir, para darte el golpe más seguro si es que te lo han de dar.—Ya ves pues la alternativa: o entrar a la lucha francamente, con vigor, con audacia, desconcertando al enemigo por nuestros golpes y preparándonos a toda eventualidad con todo conocimiento de causa; o entrar a la lucha débilmente procurando ocultar nuestros movimientos (esto seguramente sin éxito) y facilitando a nuestro enemigo los medios de caer en una emboscada que él nos prepara pacientemente y sin enseñar la mano. En el primer caso, todas las probabilidades de obtener la victoria, en el segundo corriendo a un fracaso inevitable.

60. FRAGMENTO.—Mi muy querido papasito: Ayer llegué de Torreón y me encontré con tu telegrama en que me permites que obre libremente y me mandas tu bendición y la de mi mamá.—No puedes imaginarte cuan grande ha sido la satisfacción, el orgullo y la emoción que he sentido.—Abundantes lágrimas derramé ayer, pero fueron lágrimas llenas de ternura, de dulce y grata emoción, de agradecimiento inmenso para ti y para mi adorada mamásita.—En la mañana de ayer, poco antes de levantarme soñé que te había visto con ese semblante cariñoso que tienes cuando te diriges a nosotros, y con una mirada llena de dulzura y de confianza en el porvenir, me habías dado la autorización y la tan deseada bendición.—Esta circunstancia que no puedo considerar casual, ha aumentado mi emoción y mi satisfacción, pues me confirma más en la idea que siempre he tenido de la nobleza de tus sentimientos, de la grandeza de tu alma.—Papasito querido: demasiado comprendo que al darme tu bendición has obedecido a un arranque de generosidad, de grandeza de alma en que, elevándote a las altas regiones del espíritu, has hecho que solo tengan eco en ti las más nobles aspiraciones, y dominado por esos bellísimos sentimientos, no vacilaste en cumplir con tu deber con una abnegación admirable, con una serenidad que solo pueden abrigar los hombres superiores, con una fé en el porvenir, que solo anima a los creyentes cuando tienen la

conciencia tranquila, pues en estas circunstancias descansan por completo en la Providencia Divina.—Debo de agradecer que tengo la seguridad absoluta que a pesar de lo que puedan creer las personas que juzgan todo superficialmente, no deben esperar que yo les dé ningún dolor de cabeza y más bien pueden estar asegurados que obraré de tal modo, que les causaré la más legítima satisfacción, el más noble orgullo, haré de modo que Uds. se sientan orgullosos de mí, como yo me siento orgulloso de tener unos padres tan nobles, tan grandes, tan buenos.—Ahora si ya no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me protege visiblemente, pues en el hecho de haber recibido su bendición, veo su mano, en la circunstancia de haberlo presenciado tan claramente distingo su influencia, percibo su modo de guiarme, de dirigirme y de alentarme, pues si el laconismo forzoso del telegrama solo me trajo su resolución definitiva, la visión que tuve antes, me reveló que esa resolución era sin violencia, obedeciendo a sus más nobles sentimientos y aunque hacían un sacrificio sublime, se quedaban llenos de confianza en el porvenir, aceptaban con noble serenidad las consecuencias de la nueva vida de actividad y de lucha que se inicia”.

¿Qué piensan los padres severos de este hijo que, casado, mayor de edad, implora la bendición de su padre para cumplir con lo que él llama una misión impuesta por la Providencia? ¿Qué piensan los soldados valientes, los abnegados predicadores, los grandes caritativos de este hombre a quien en plena opulencia, en plena dicha no arredran “ni la pobreza, ni la prisión, ni la muerte” pero sí arredra desobedecer a su padre? ¿Qué piensan los contemporáneos de este héroe cuyo incomparable valor lo hizo afrontar mil veces la muerte, que jamás temió a nadie, ni a nada y se pone a “derramar abundantes lágrimas” cuando recibe la bendición de sus padres? ¿Qué pensarán Licurgo, Catón, Juana de Arco y Francisco de Asís? Escribir a su padre en tan terribles condiciones sin hablarle de intereses terrenos, sin pretender alha-



garle siquiera con la gloria y el lustre de su apellido ¿hay algo más sublime que estas sencillas cartas en las que ni un solo instante se alude a otros intereses que los de la libertad y la salvación de la Patria?

Atrás, *ojo maligno!* ¿Dónde está el menguado que osó argüir "la bancarrota de la familia"? Calumniadores, morder el polvo!

Qué espectáculo para el mundo! Un rollito de papeles ahumados que viene a consagrar la santidad del más gran calumniado después de Cristo! ¿Cristo? Sí. La doctrina y la conciencia de Madero, lo afirmo ante los siglos, no fueron menos puras. El incendio de la casa del padre es el principio de la glorificación del hijo. Sin tan terrible contingencia, los viejos progenitores, que ignoran este hallazgo, jamás habrían quizá consentido en la divulgación de santas intimidades y hasta hubiera podido dudarse de la pureza hoy innegable de su origen!

El autor de estos apuntes intentó bautizar sus primeras secciones con este rubro: "Un Santo Laico". Pero la fuerza de su sinceridad no basta a los hombres comunes para afrontar la crítica o la sonrisa estúpida de una sociedad sin honor ni fé. Cuando acaben los odios, cuando se marchite la frondosa impostura, cuando la mentira vuelva al obscuro rincón del cual surgió, cuando se dignifiquen las conciencias, cuando los mexicanos no estén enloquecidos contra el "loco", cuando la razón sea razón, el error error y la conciencia conciencia, cuando brille la verdad por nuestros cuatro horizontes, comprenderán —ay! tarde— la magnitud del crimen que todos por igual, como los judíos, pagaremos cruelmente. Pero el nombre que nosotros, modernos cristianos, dejaremos a nuestros hijos, será siempre para ellos el mejor galardón de su orgullo en tanto que los hijos o los nietos de los que con su acción o su aprobación clavaron su lanza en el Gólgota mexicano los maldecirán por los siglos de los siglos!

Si scopron le tombe, si levano i morti, i  
martiri nostri son tutti risorti.

(Himno garibaldino).

Descúbrense las tumbas, levántanse los  
muertos: han resucitado todos nuestros mártires.

Un viajero francés, testigo presencial de la famosa carga de rurales maderistas contra los cañones de la Ciudadela, ordenada por Huerta, acaba de contarme ese terrible episodio de la Década, en los siguientes términos:

"Dominados por esa extraña e invencible curiosidad que nos invade en esos trágicos combates urbanos, cuando después de haber oído silbar las balas por encima de las azoteas durante largas, interminables horas, nos imaginamos, en un momento de tregua, que el peligro ha desaparecido, mi amigo Americo Beltran, de Coñac, y yo, nos aventuramos por las calles de la Capital. Al llegar al Paseo de la Reforma encontramos un escuadrón de rurales brillantemente equipados, como de fiesta, luciendo toda la típica elegancia que tanto nos agrada a los extranjeros. La caballería extendíase por lo largo de la Reforma en formación perfecta. Silenciosos y tranquilos, como la Fatalidad, como la Muerte, aquellos hombres macizos, de rostro bronceado, con el barboquejo del gran sombrero pegado a la enjuta nariz, representaban toda la dignidad humana que ahoga el instinto de la conservación por el esfuerzo animoso de aparecer estoico hasta que llegue el momento de enloquecerse, de cegarse, en el tumulto de la próxima, la inevitable batalla. Pero aquellos rudos jinetes pensaban seguramente en combates cuerpo a cuerpo, hombre a hombre, apreta-



ban sus puños para cerciorarse del estado de sus músculos, extendían sus piernas sobre el firme estribo, para asegurarse de su montura. Medían su fuerza física y se decían: "Robusto, sano, lleno de vida, no sucumbiré. Con estas piernas, con este brazo, respondo de mi vida".

"Mi amigo y yo torcimos por Balderas, la más ancha calle de la capital. De pronto, vimos que la gente corría en todas direcciones. Comprendiendo el peligro, nos refugiarnos en el primer zaguán que encontramos abierto y, casi al mismo tiempo, vimos que el Comandante, seguido de sus rurales, desembocaba en la bocacalle gritando: "Adelante muchachos!" Una terrible descarga de cañón o de metralla o de ambas a la vez, barrió materialmente a aquellos infelices. Los hombres y los caballos caían al suelo confundidos. Algunos caballos seguían corriendo desmontados, a lo largo de la anchurosa calle. Pegado a la puerta, yo contemplaba con el rabo del ojo aquel macabro espectáculo. El comandante, herido, se inclinó un momento hacia el suelo y me pareció que iba a caer, pero, irguiéndose de nuevo, espoleó su caballo y alzando su espada gritó con voz ronca: "Adelante much...." Y aquellos valientes penetraron todos en la funesta avenida. Casi todos quedaron ahí tendidos. Mi amigo y yo nos retiramos de la horrible matanza en cuanto habiendo cesado el fuego, solo se oían los ayes de aquellos infelices tan atrozmente inmolados. Y se me llenan los ojos de lágrimas cada vez que recuerdo aquella espantosa carnicería...."

La lealtad de los rurales maderistas estorbaba a la Traición. Félix Díaz y Victoriano Huerta imaginaron este gradioso espectáculo militar que Nerón no concibió nunca y que hubiera enloquecido de remordimiento a Maquiavelo. Huerta puso a Angeles, a sus cañones, contra una pared y contra los cañones de la Ciudadela, ordenó una carga de pechos humanos. Díaz Mirón, y otros, cantan ya las glorias de Huerta o de Félix. ¿Donde están los poetas que canten la gloria de esa infernal carga contra cañones? Qué asunto para Gustavo Doré!

